DISCURSO

LEÍDO

EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL 28 DE ABRIL DE 1890

DE LA REAL ACADEMIA

DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

POR

D. JOSÉ DE CARVAJAL Y HUE

EN EL ACTO DE RECIBIR

LA INVESTIDURA DEL TÍTULO DE ACADÉMICO DE MÉRITO



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1890

DEC. 20, 1930

Señores Académicos:

Yo me regocijara en este acto de que la palabra humana valiera al fin de expresar, no solamente la esencia purísima de la gratitud con que el favor recibido sahuma el alma, sino todo aquello que perfecciona aquel hermoso sentimiento, le singulariza é individúa, según la grandeza de la merced y la pequeñez del sujeto; con esto no me bastara todavía y quisiera que supieseis, no lo que ya sabéis, la generosidad de vuestra dádiva, mas las impresiones que experimento al recogerla; que si la tierra fuera capaz de sentir el beneficio de la simiente, no sería más tierna y delicada su emoción, en teniendo la conciencia de no poder, por estéril, devolver el fruto. Entonces os pondría el corazón al descubierto y veríais que si mis servicios y mis esperanzas están

por bajo de la gloriosa investidura que acabo de recibir, cuando menos la fineza, el ardor y la actividad de mi agradecimiento igualan con vuestra ostensiva benevolencia.

El tiempo que he vivido entre vosotros, y nunca mejor que cuando me llamasteis á presidiros y tuve frecuente ocasión de conferir con Rolland sobre lo que más convenía al éxito de los trabajos académicos, he apreciado cómo su nombre ha ido siempre junto con el de esta Corporación, y es grata coincidencia que también al hablaros de la obligación en que me habéis puesto, encuentre al paso la que tengo hacia vuestro ilustrado compañero, por haberse dignado aceptar el encargo de presentarme á vosotros, con este nuevo carácter que me habéis concedido.

Por ser universal á todos el estimar el hecho visible del resultado y quedarse para pocos la curiosidad de desentrañar las causas ocultas, suelen no verse en la vida de estos Cuerpos científicos sino sus actos externos, de donde redunda la ganancia á la Sociedad en cuyo fomento se emplean; como se ve en el árbol la belleza de la flor y del fruto, sin advertir que es la savia aquella fuerza escondida que, subiendo y bajando alternativamente por los más tenues filamentos de las raíces, por el tronco y por las ramas, produce las maravillas de la vegetación. Los Ateneos y las Academias se secarían como ár-

boles sin jugo, de no contar en su seno un hombre ó un núcleo de hombres adheridos á ellos con un amor callado y fecundo, orgulloso en los días del triunfo, triste, pero nunca desalentado, en los días de la decadencia. Rolland representa aquí esa savia; bien pudiera brillar, parejo de quien más; pero, hijo de la ciencia como nosotros todos, otros deberes sociales le han apartado de su diario cultivo, nunca de su culto, de donde, inspirado por éste y necesitado de avenirle con su profesión mercantil, ha logrado la feliz conjunción de servir sus ideales y de respetar la realidad, poniendo sus mayores conatos en la administración de la Academia. Con razón dijo el Sr. Romero Robledo públicamente, el 6 de Julio de 1884, que podía considerársele como una institución dentro de la misma.

Aquí me entra la tentación de narrar los numerosos servicios de Rolland que, no siendo tantos como hoy, premiasteis hace muchos años, con el nombramiento de Académico de mérito; mas no puedo ceder á este movimiento, por el temor de que estéis aún bajo la natural impresión de que ha recargado sus elogios respecto de mí, y pudiera aparecer la justicia con la cara de la gratitud.

Alardea Rolland de joven, como habéis oído en el discurso que acaba de pronunciar, y ¡ojalá que yo pudiera remozarme y hacer también esos alardes! Pero más antiguo que yo en la Academia, ascendió

antes que yo á este puesto, y en su juventud le mereció mejor que yo, porque no he contribuído tanto como él á su crecimiento y grandeza, sino que he recibido numerosos favores, tan cercanos uno de otro y tan recientes, que no hubiera ni aun tiempo de olvidarlos, por frágil que fuese la memoria, cuando en ella los refuerza y afianza esta otra gracia, la mayor que podéis conceder, según vuestros Estatutos, demostrando así cuán verdad es que quien ha otorgado el primer favor, está en camino y disposición de ánimo de otorgar el segundo; y siendo los vuestros más, ha de parecerme inagotable la magnanimidad que conmigo usáis.

Pero como ninguna criatura humana deja de tener sus defectos, Rolland tiene uno que no puede remediar, cual es el de ensalzar en demasía á sus amigos, pensando y diciendo de ellos con encarecimiento, lo que sus amigos pudieran, sin escrúpulo, pensar y decir de él mismo; cuya imperfección da de sí dobles y contrarios efectos, porque embellece su carácter y pone en sus obras el único lunar que las afea. En la ocasión de hoy, habéis perdido la facultad de reconvenirle, puesto que ha seguido vuestro ejemplo; si antes no me hubierais colmado de mercedes, no me hubiera él cubierto de flores, por donde nuevamente se figura la estrechez de la Academia y de Rolland.

Declaro ingenuamente que me ha leído esas pági-

nas, donde con gallarda pluma las alabanzas se pronuncian con sinceridad, y al llegar á tocarme, se truecan á ponderaciones; declaro que me he puesto colorado; declaro que se lo he dicho y que le he pedido una y cien veces que me evitara este bochorno que acabo de pasar, oyendo en público mis encarecimientos, siquiera porque al escucharlos, caeríais en la cuenta de que habíais estado también pródigos conmigo; pero nada; por única vez ha cerrado sus oídos la amistad más fina á la súplica más ferviente y el mayor regalo ha sido el primer agravio. Si no hubiese dilatado su imaginativa ni puesto su elocuencia colores tan vistosos en los actos sencillos de mi vida; si no hubiera subordinado sus juicios á la servidumbre de la ilusión; si hubiese hablado únicamente de mi amor y adhesión á esta Academia, ¡ah! entonces no me hubiera dado motivo de sentir y, por mucho que hubiera dicho y alabado, presumo al mirar hacia el fondo de mi conciencia, que no hubiera nada de más; porque la muchedumbre de mis obligaciones me puede apartar y me aparta de venir á esta casa todos los días para alternar en las discusiones y partir con vosotros el trabajo; mas nadie me gana en el concierto y ajustamiento de la voluntad obsequiosa con los fines de vuestro Instituto; por cuya razón ha podido recordarse, sin que esto merezca testimonio ni jactancia, que, mientras fuí vuestro Presidente, mi conducta hermanó la integridad de los principios con el

cumplimiento de los deberes; puesto que por fortuna, esta Academia no tiene política, y da frecuentes muestras de no tenerla, sin embargo de que en sus sesiones se discutan materias de Derecho político, templándose por la controversia y el trato los rigores de las competencias de fuera y las luchas de los partidos y de los hombres, que en este amplio recinto encuentran, sin motivos de rubor, medios de reconciliación y concordia.

Señores Académicos, vuestro pasado es hermoso y tenéis derecho de jactaros de vuestra ascendencia; pero como aquellos linajudos hidalgos, templados ya á la usanza de los tiempos modernos, en cuyos árboles genealógicos están escritos ilustres nombres, y que sostienen el esplendor de su raza mediante el estudio de las ciencias, el manejo de las armas, la religión del arte ó las industrias del trabajo, con el orgullo de vuestra historia podéis juntar la satisfacción de vuestro propio esfuerzo.

Desde que en el oratorio de padres del Salvador de Madrid se fundó la Junta práctica de Leyes en 1730, convertida luego por constituciones de Carlos III en Real Academia de Santa Bárbara para practicar y difundir los estudios de Derecho que se daban en la Universidad, y desde que la modesta reunión que, para repasar durante las vacaciones materias estudiadas en las aulas, instituyeron, bajo el nombre protector de la Purísima Concepción, va-

rios cursantes de Alcalá de Henares y Valladolid (1), hasta los días presentes, más dilatado me parece el progreso, que largo el transcurso del tiempo.

Yo imagino lo que debió ser y fué, sin duda, aquella festividad literaria con que se abrió solemnemente en un aula del convento de Santo Tomás la era de nuestras labores jurídicas, por una preclara congregación donde figuraban los sujetos más eminentes del reinado de Carlos III, los Floridablanca, los Campomanes y tantos otros como impulsaron la regeneración de nuestra patria; pero si convierto los ojos á la Real Academia de ahora, y si examino la valía de los nombres escritos en estos muros, y si acato las figuras respetables de vuestros antiguos Presidentes, con cuyo mérito empareja el de mi preclaro sucesor, y si recorro vuestra lista de socios y leo en ella inscritos los jurisconsultos todos que son gloria de España ó de otros países, y si medito sobre la significación en estos bancos de una juventud ansiosa de aprender y de buscar la verdad en el estudio sereno y reflexivo ó en la atmósfera caldeada de las discusiones, callaré apellidos por no ofender modestias; mas pesando y midiendo, con aquellos secretos é incomprensibles tanteos con que se puede pesar y medir lo intelectual, afirmaré sin vacilaciones que

(1) *Reseña histórica de la Real Academia Matritense de Jurisprudencia y legislación*, por D. José Maluquer y Salvador.

todo este movimiento señala á diario un paso hacia delante, rindiéndose en vuestro loor el denuedo y la prudencia de estas cuatro generaciones pasadas; que si coronas de laurel os legaron, mejorado su prestigio por los años, las habéis enlazado con otras de laurel fresco y vivo, que también mirará con respeto la generación que sobrevenga en vuestro lugar.

La vida, ya sean individuales los seres, ya colectivos, funciona, por regla común y natural, mediante alternativas de acción y de reacción, por donde ella misma se consume poco á poco hasta arribar á las orillas de la muerte, realizando el fin de la existencia; mas cuando este fin es permanente ó sucesivo, de modo que va engendrando en sí propio, aquellos turnos, necesarios siempre para el equilibrio y descanso de las fuerzas, no arguyen su lenta ó rápida extinción, sino que la vitalidad subsiste íntegra en los períodos de relativa decadencia que sobrevienen á la explosión del éxito, mientras tanto que las energías se reparan para otro vigoroso empuje y otro sonado triunfo.

De algún tiempo á esta parte, y casi desde que soy Académico, estoy oyendo decir que la Academia va á menos, y todas las críticas, originadas por el cariño y hasta por el cuido con que se la atiende, vienen á dar en este blanco. Fuera preciso repasar las actas una á una y ayudarse también de la memoria, para que vosotros os asombrarais de la

suma y fecundidad de vuestras tareas en los últimos años. No voy á citaros sino dos hechos. Desde el humilde aunque inolvidable alojamiento que antes teníamos, nos hemos trasladado á esta casa, cuya amplitud y severo ornato retrata en el orden de la materia aquel progreso que leo en vuestros anales desde la constitución de la vieja Academia de Santa Bárbara; esto lo digo porque, obedeciendo el progreso á la doble ley de la naturaleza humana, el espíritu pugna por tomar cuerpo adecuado y proporciones visibles que, en cuanto cabe, revelen sus extensas é invisibles facultades, y la belleza intelectual que reside en la ciencia, como la verdad en la belleza, reclama el aseo y compostura del traje que ha de vestir. No es ciertamente indispensable esta manifestación externa y ostentosa de la vitalidad que tiene una Corporación; pero conviene, si la abundancia de su capacidad para sacar de sí la plenitud de su objeto, se lo consiente ó hasta ordena, y cuando en lugar de gastarse sus virtudes y eficacias, se muestran lucidamente con provecho de su desarrollo.

Quitándome ahora de estos argumentos indirectos, os mencionaré el otro caso á que aludía: la celebración en esta misma sala del Congreso Jurídico Español que, por vuestra gloriosa iniciativa y perseverancia, y nada más que por la vuestra, congregó á todos los jurisconsultos españoles, de una y de otra

región y escuela, cuyos luminosísimos debates constan en nuestros archivos y están grabados en la memoria de cuantos profesan culto á las ciencias jurídicas, y cuya votación ha señalado el derrotero de sus adelantos. ¡Ah! Vuestra ambición es tan noble como insaciable, y tanto puede, que aún haréis más, puesto que el cansancio no os empereza, por la renovación perpetua de sangre nueva en que vuestro cuerpo se halla; pero no toméis este compás de espera á nuncio de desfallecimiento. ¿Por ventura podéis andar todos los días mudando de casa ó celebrando asambleas de tanta magnitud y transcendencia como el Congreso Jurídico?

Yo sé en qué estriban vuestros recelos, y voy á decíroslo, para que por meras apariencias no se introduzca y propague en nuestro seno la carcoma del desengaño. Solicitar la ascensión sin tregua, es buscar el progreso en la uniformidad del movimiento, cuando todo él es variación, que toma alientos para andar, parándose y aun retrocediendo. La esencia es el ser de la cosa, sustancial é intrínsecamente en ella, y así las Corporaciones tienen un flúido vital que desenvuelve su actividad, por expansión de las causas que las fundaron, invariable hacia su polo como la aguja magnética; pero la forma y manera de colaborar el cuerpo ostensible con la idea que le infunde su ánima, oscilan y cambian, según causas de fuera y los métodos que va siguiendo el entendi-

miento humano en la averiguación de la verdad.

Extrañáis el haberse reducido las discusiones que antes sosteníais con tanto ardor, de modo que se os hace novedad de vosotros mismos, y pasando por la responsabilidad que tuvierais con aquella ligereza y blandura que pone la inadvertencia en disculpar ó negarse á reconocer la falta, se la echáis encima á la colectividad y la encontrais desmejorada. Si culpa hubiera, donde no apunta la malicia, sería de cada uno, y, por el consiguiente, de todos; pero no temáis caer siquiera en la tacha de dejadez ó abandono. Estamos en días de reflexión, como cuando la voluntad social va á determinarse sobre los problemas que un siglo trae al nacer, y que no maduran sino en su ocaso; pasaron la centella y el trueno, y la palabra, antes soberana, será la sierva del pensamiento que pronunciará con sobriedad sus soluciones.

Cuando apareció el régimen moderno en el horizonte de nuestra patria, después de larga y tenebrosa noche, circundado de libertades como otros tantos soles, hubo de usar el hombre la libertad de hablar, á imitación del niño que apellida los objetos antes de conocer su aplicación y naturaleza; y ayudado de la fogosidad del temperamento, de la facundia meridional, de la sonoridad y extensión de una lengua que no tiene émulos, excitado sobre todo por el encanto de instituciones nuevamente vistas, de principios nunca discurridos y de prerrogativas ni

presentidas ni soñadas por el común de la gente popular, improvisamente obtenidas, fué y hubo de ser la palabra el órgano único de la vida intelectual y el debate la forma preferente de difundir la ciencia y el arte, con singularidad la política que chupó todo este jugo, empleándole en afianzar y desenvolver la virtualidad del reciénvenido estado social.

Entiendan las personas que no han parado mientes en esto, que es verdad y que no han de tratar de arbitrario el imperio de la palabra, porque su causa apareja razón de ser; ahora, que le tengo por accidental y pasajero, conforme nos lo enseña la historia en épocas parecidas, donde esta propensión, habiéndola también más viva y pronta en los hombres á la admiración de la belleza que á la labor de la ciencia, ha dado de sí un despilfarro inútil para el arte, por ser estéril y perecedera la forma, cuando no la sostiene la idea; nocivo para la verdad, en cuanto corre peligro su esencia de evaporarse y perderse; porque quien habla bien, posee un poder de seducción que atrae por sí sólo y aparte de la doctrina, de modo que el orador suele tener más autoridad y opinión que el pensador, en el ánimo del vulgo necesitado de la enseñanza, quien cuando su bizarría da en el punto de su imaginación, se recrea y rinde. Cierto que la palabra expresa siempre un pensamiento; pero cierto que si éste va adulterado por el error y la palabra aliñada por el arte, el entusiasmo, herma-

no de la convicción, acostumbra confundir la fealdad de la idea con la hermosura de la expresión, y aplaudiendo ésta, se insinúa é introduce casi sin sentir, por las puertas de aquélla. La púdica verdad huye y se esconde, y un fantasma quimérico y presuntuoso señorea y traba embargo en los sentidos. ¡Funestas consecuencias! El hombre conoce la verdad por relación del ser inteligente con el ser inteligible, capacidad de conocer del uno, facultad de ser conocido del otro, y eficacia de su lazo de unión; el conocimiento se origina de la integridad de estas condiciones en ejercicio. La verdad es por sí, mas cuando la relación no existe, el hombre ignora y es preferible que ignore á que yerre, radicando el error en su imperfección para conocer ó el desvío del intento en el proceso de la relación. Quien no sabe, no daña, pues ignora hasta su ignorancia; pero quien profesa el error, siendo así que ignora la verdad, le difunde por la disposición irresistible que tiene el convencimiento de extenderse y permutar su dominio de individual á colectivo.

Cuando por privilegio maravilloso y casi sobrenatural, la inteligencia, dotada de profundas facultades reflexivas, tiene á sus órdenes una palabra fácil, sonora, adornada del sentimiento de lo bello, entonces la conformidad de la representación con la cosa ó la realidad representada, se impone al oyente, y es un portento considerar cómo la elocuencia levanta

en las ondulaciones del aire el pedestal de la verdad, para que el mundo entero la escuche y reverencie.

Notad, Sres. Académicos, cómo de lo que acabo de deciros se deduce que no es la palabra hablada, principalmente en los aprietos y arrebatos de la improvisación, el órgano único, ni siquiera el más propio de expresar la verdad; pero con todo, declaro, en armonía con un juicio anteriormente expuesto, que, contradiciéndose las ideas, la discusión es precisa y saludable hasta que ella misma señala y da la hora de las soluciones. Así materias controvertidas en los pasados siglos, no lo son hoy; así lo serán otras en lo porvenir, cuando hayan rendido su fruto las que en lo presente nos han agitado. Lo repito: estamos en días de reflexión, llamados á escoger y á determinar nuestra voluntad sobre arduos problemas, sobradamente discutidos; y esto que tomáis por decadencia de vuestras sesiones públicas, se ve lo mismo en los Ateneos que en los Parlamentos, se ve en todas partes, y es el recogimiento en que está la idea antes de pronunciarse. Vuestros debates no pueden tener el esplendor que antes tuvieron, ni acudir á escucharos el público, tan presuroso como entonces; mas, en cambio, vuestra biblioteca está cada día más concurrida, porque ése es lugar de meditación y de reposo.

Las grandes cuestiones sociales, políticas y simplemente jurídicas, que han trazado ancho círculo á

vuestra actividad, están resueltas ó á punto de resolverse. ¿Quiere esto decir que no haya ni lugar ni materia para dar animación á vuestras sesiones y á vuestras públicas asambleas? Fuera insensato. Por lo mismo que antes afirmaba que la Academia es una Sociedad permanente y sucesiva, que engendra en sí propia y en razón de que su fin es el Derecho, de movimiento indefinido hacia lo ideal, no obstante lo estático de sus apariencias, habéis hoy á la mano una serie de cuestiones, que si no son primarias, porque no son decisivas en los rumbos sociales, gozan de un interés teórico y práctico, lo mismo en el orden internacional que en el penal y civil.

Dirigid hacia ellas vuestra atención, Sres. Académicos, que vale eso más en la hora presente que manosear la propiedad, la familia, la forma de gobierno, los derechos personales y las libertades públicas.

La Academia no ha desmerecido de lo que ha sido siempre, y no creais, Sres. Académicos, que en esto que afirmo hay vanidad, aunque fuera ciertamente disculpable por el sentimiento de venir á ser Académico de mérito, cuando ella hubiese desmedrado. Tampoco es una lisonja que os envío, porque vuestra benevolencia conmigo nunca admitiera comparación con el mísero rebusco de tales recompensas.

La gratitud no consiente ficciones, y tanto mayor

es cuanto el sujeto que recibe el favor no siente su peso, sino la virtud de su eficacia. Dice nuestro Saavedra Fajardo, con el escepticismo propio de un político consumado, que se cansa la gratitud humana de tener delante de sí los instrumentos de su grandeza y los aborrece, como acreedores de ella. Yo de mí sé deciros que no me cansaré nunca de estar delante de vosotros, reconociendo la deuda contraída y confesando también la imposibilidad en que estoy de pagarla.

Aquí concluyo, Sres. Académicos, porque harto sé que no es uso, y en mí fuera atrevimiento, haber preparado un discurso que exige una tesis y un desarrollo, en el sentido que da el arte á estas manifestaciones de la palabra; pero no puedo sentarme sin dar también las gracias al ilustradísimo Secretario de esta Academia, honra de la juventud española, por lo que me toca de la elocuente Memoria que ha leído al inaugurarse esta sesión.

La Academia, Rolland y Urquiola están unidos en mi alma por este triple lazo del agradecimiento, y no digo más porque estaréis ansiosos, y yo lo estoy, de escuchar la palabra de vuestro insigne Presidente, que ennoblece la tribuna y el foro; con cuyo principio y cuyo término este acto representará fidelísimamente á la Academia; que así como en ella se juntan la experiencia de los viejos y la sanidad de corazón de los jóvenes, así como en vuestra Junta Directiva

tenéis el arte de hermanar siempre estos elementos, así al abrirse la sesión de hoy, el Sr. Secretario nos ha ofrecido las flores de la ciencia y va el Sr. Presidente á brindarnos con su fruto.

HE DICHO.





